

¿QUIÉN FORMARÁ A LOS CIUDADANOS COSMOPOLITAS?: FORMACIÓN DE MAESTROS DEMOCRÁTICOS EN CONTEXTOS POCO DEMOCRÁTICOS

Francisco Javier Ramos-Pardo

Universidad de Castilla-La Mancha

Resumen. Este trabajo plantea los límites de la educación democrática y para la ciudadanía, tal y como la concibiera John Dewey, cuando la democracia queda reducida a un sistema de representación que facilita el orden establecido más que un sistema que busca la construcción compartida de nuevos escenarios de convivencia humana. Se apuntan los mecanismos que utiliza el neoliberalismo para expandir sus principios y su efecto en el ámbito educativo y en la formación del carácter democrático. En concreto se reflexiona sobre la formación del carácter de los futuros maestros y del profesorado universitario y se dejan abiertas algunas cuestiones para seguir reflexionando.

Palabras clave: teoría de la educación, formación del profesorado, educación democrática, educación para la ciudadanía

1. Introducción

Vivimos en sociedades que cada vez cuentan con más medios para la comunicación y el intercambio de experiencias humanas que pueden ayudar a la definición de escenarios vitales comunes. Este hecho, creemos que indiscutible, no quiere decir que dichas herramientas se estén aprovechando de la mejor manera posible. De hecho, la educación para la ciudadanía y la democracia sigue siendo un foco de atención al que los distintos sistemas educativos atienden de diversas maneras.

Dicha atención, además, se corrobora por la importancia que el tema de la educación para la ciudadanía ha recibido desde distintos programas e iniciativas internacionales, desde Decenio de las Naciones Unidas para la educación en la esfera de los Derechos Humanos (1995-2004) hasta el Año Europeo de los Ciudadanos (2013) o la nueva área estratégica de la Educación para la Ciudadanía Global promovida por la UNESCO. Sin duda, este tema sigue estando de plena actualidad, máxime si atendemos a algunos síntomas que estamos viendo en nuestras sociedades como la desafección política, el

auge del populismo o planteamientos xenófobos, el crecimiento del euroescepticismo, etc.

Independientemente de si a la educación se le atribuyen más responsabilidades que aquellas a las que realmente puede dar respuesta, cuestión a la que volveremos más adelante, la preocupación que ya planteara Dewey (1995) sobre el papel de la educación en la construcción y revisión de lo público, de los intereses y necesidades comunes, sigue siendo, evidentemente, de total relevancia. En este sentido, el rol de las escuelas y los maestros es fundamental y se requiere de estos algo más que el respeto a la normativa vigente y la mera ejecución técnica de una serie de tareas encaminadas a cumplir con el currículo establecido. Educar para la ciudadanía y la democracia implica un posicionamiento moral de los maestros respecto a unos fines sociales y los pasos para alcanzarlos. Estaríamos hablando de su servicio público, de su compromiso o su carácter.

Para Esteban et al., la formación de ese carácter de los maestros es un tema que “tiene consecuencias en lo que suele llamarse el saber ser y el saber convivir de una manera democrática” (2016, 18) y plantean la formación del carácter como una cuestión deseable a atender desde las universidades.

Este texto pretende reflexionar sobre si es posible la formación de maestros con un carácter democrático en el contexto actual, si dicha formación se está realizando desde las universidades y si la democracia que tenemos puede deberse a la formación de maestros democráticos que estamos desempeñando.

2. Neoliberalismo y democracia

La primera cuestión sería entender las condiciones en las que hoy en día se ejerce la comunicación e intercambio de experiencias entre los seres humanos para la construcción compartida de unos intereses y unos ideales que perseguir. Estos intereses, irremediabilmente, están influidos por el paradigma social dominante, por un contexto político, económico y cultural que, de alguna manera, configura la mentalidad de las personas.

Claro que educar el carácter democrático tendría que ver con hacer a las personas sensibles a otras formas de pensar y capaces de ver las cosas de manera distinta a los posicionamientos “comunes”, de buscar caminos diferentes ante los retos compartidos. El problema es que el neoliberalismo, paradigma dominante en la actualidad (Couldry, 2010), constriñe el pensamiento de tal manera que hace difícil escapar de su influencia y esquivar el orden establecido. Entendemos el neoliberalismo como una ideología que aplica planteamientos de eficiencia económica a todas las áreas de la vida social y política y que, por tanto, afecta y contamina todas las facetas de la vida humana. De tal manera que, si una acción, un programa, una institución o una persona no son económicamente eficientes, son considerados culpables y su sentido en nuestras sociedades queda en entredicho.

La cuestión está, entonces, en si una verdadera democracia en términos deweyanos es posible hoy en día. En si es posible concebir la democracia como algo que siempre está más allá de un orden establecido (Biesta, 2016), en continua revisión y reconstruc-

ción a través de la participación política de los ciudadanos o si, como apuntan las democracias capitalistas, se trata fundamentalmente de adaptarse al orden establecido.

Los mecanismos por los cuales el neoliberalismo impone su doctrina son fundamentalmente dos: la especialización, en el caso educativo la parcialización y fragmentación del conocimiento, y el individualismo, por el cual las personas se preocupan únicamente por sus intereses individuales.

Por tanto, en este escenario en el que los objetivos sociales parecen venir prefijados *a priori* y donde lo importante no es construir y hacer surgir lo público, lo que nos hace verdaderamente miembros de una misma sociedad y una misma especie, el carácter democrático se antoja difícil de desarrollar y, más aún, de practicar coherentemente. Aún más, con este escenario tan desfavorable, se encarga a las escuelas y universidades, las instituciones posiblemente más influyentes en las personas pero con menos poder en la toma de decisiones, la formación de dicho carácter. Como ya advirtiera Dewey, “el gran peligro que amenaza el trabajo escolar está en la ausencia de condiciones que hagan posible un espíritu social penetrante; este es el gran enemigo de la formación moral eficaz” (Dewey, 1995, 298).

En una sociedad red totalmente interconectada, parecería lógico que las aspiraciones democráticas persiguieran una ciudadanía global, una fusión de horizontes e intercambio humano sin barreras. Pero lo que debería llevar implícito la búsqueda de un aprendizaje cosmopolita (Rizvi, 2009), bajo el neoliberalismo se queda en globalización en términos economicistas.

3. Formación del carácter democrático de los estudiantes universitarios

Si el verdadero carácter democrático sería aquel que invita a la crítica y la autocrítica, a la discusión y revisión constantes y a la búsqueda de nuevos caminos y formas de construcción de intereses contruidos de manera compartida, la imposición estructural de la mirada economicista e individualista sobre todas las esferas de la vida parece aniquilar el sentido de dicho carácter.

En este contexto, plantear una formación del carácter democrático parece cuando menos contradictorio. Si lo llevamos al terreno de los estudios universitarios, la ideología neoliberal inunda el mundo académico de *rankings* de todo tipo (de universidades, de estudios, de egresados que encuentran un empleo,...) e imprime en la educación superior un barniz de “formación profesionalizante” que dista mucho de ser la formación integral que se espera de cualquier nivel educativo, incluido el superior, y una lógica economicista que nos lleva a una especie de competitividad caníbal. Los estudiantes pasan a ser “clientes” que pugnan entre sí por unos resultados académicos y un puesto de trabajo y las universidades, a su vez, pugnan entre sí desarrollando planteamientos y programas de lo más pintoresco con el fin de atraerles.

El problema no es que se haga una formación pensando en el puesto de trabajo de turno, que nos preocupemos más por el expediente de nuestros estudiantes que por lo que aprendieron realmente o que llamemos calidad a la cantidad. El problema es que parece no haber escapatoria.

Los sistemas democráticos que hemos sido capaces de construir suelen quedarse en sistemas aditivos, donde lo que importa es conseguir el número de apoyos para derrotar al adversario, no construir horizontes compartidos. Interesa averiguar la estrategia mercadotécnica para obtener el voto, no la estrategia discursiva para convencer o idear nuevos planteamientos que ilusionen a todos. Y la universidad no escapa a estas formas democráticas. Si, en principio, los órganos de representación, debate y toma de decisiones pudieran ser espacios de formación del carácter democrático de nuestros estudiantes, lo habitual es que se conviertan en herramientas para satisfacer el interés individual a través del establecimiento de relaciones interesadas basadas en la proyección académica.

Esto no sucede porque nuestros maestros no tuvieran un carácter democrático. No es que, hasta ahora, nos hayamos equivocado en la formación de maestros. Creemos que generar espacios y experiencias para la formación del carácter es necesario, pero no se trata de incluir determinadas cualidades cívicas en los planes de estudio. Los estudiantes podrían terminar viendo la contradicción entre lo que se les explica como aspiración y lo que experimentan en la práctica universitaria diaria, en su relación con profesores y compañeros, contradicción reforzada cuando miran a la sociedad y perciben que lo que menos se les va a demandar son, precisamente, dichas cualidades, por más que sean las más pregonadas. No es renunciar a los ideales educativos y sociales (Ramos-Pardo, 2015; Ramos-Pardo y Sánchez-Antolín, 2016), se trata de ponerlos en contexto para hacerlos posibles.

4. Formación del carácter democrático de los profesores universitarios

También estamos de acuerdo con que una formación del carácter democrático de los estudiantes pasa por el fortalecimiento de la calidad de las experiencias democráticas de los docentes.

Pero, si el panorama para la formación democrática de nuestros estudiantes es un tanto desolador, para el profesorado no lo es menos. La excesiva especialización y compartimentalización del conocimiento, la presión por los *rankings*, la cada vez mayor precariedad y los sistemas de evaluación de la calidad, hacen que su compromiso y el sentido social de su trabajo como contribución al desarrollo y redefinición de lo público se desvanezca y que terminen preocupándose sólo por su carrera académica individual (en un mundo donde los *egos* necesitan poco alimento para crecer desorbitadamente).

Los profesores, incitados a “tratar bien” a los estudiantes/clientes, amarrados a unos planes de estudio con los ojos más puestos en el mercado de trabajo que en posibilitar la formación humanista necesaria para el experimento de la democracia y forzados a preocuparse por sí mismos y su factor de impacto más que por la construcción de lo público, ven cuestionado un carácter democrático que se va debilitando progresivamente.

No queremos decir que no se pueda hacer nada. Sin duda, existen espacios dentro de los centros educativos y las universidades donde se pueden generar espacios de formación del carácter democrático, de conquistar la voz propia para reconquistar lo

público. El problema está en si esto es suficiente para cambiar algo o corremos el riesgo de quedarnos como islotes en el océano o como notas pintorescas en una sociedad donde la democracia se concibe como algo establecido, como algo natural que no hace falta construirlo cotidianamente. Pareciera que la democracia sólo se necesita como sistema político porque sabemos que lo contrario es peor pero que ya no nos asusta perder porque creemos que se ha instalado para siempre. ¿De verdad estamos tan cansados de practicar la verdadera democracia? ¿El problema es que los ciudadanos no tienen cualidades cívicas o que hemos descuidado dichas cualidades? ¿Puede el maestro formar para la democracia en una sociedad con pocos espacios democráticos en sentido profundo? ¿Deben seguir las escuelas transmitiendo unos valores que luego no encuentran su correlato en las distintas sociedades?

Referencias

- BIESTA, G. (2016). Democracia, ciudadanía y educación: de la socialización a la subjetivación. *Foro de Educación*, 14 (20), 21-34. Disponible: <http://dx.doi.org/10.14516/fde.2016.014.020.003>
- COULDRY, N. (2010). *Why voice matters*. London, SAGE.
- DEWEY, J. (1995). *Educación y democracia*. Madrid, Morata.
- ESTEBAN, F., BERNAL, A., GIL, F. y PRIETO, M. (2016). Democracia y formación del carácter de los futuros maestros: razones, posibilidades y obstáculos. *XXXV Seminario Interuniversitario de teoría de la educación*. Vic, noviembre. Disponible: http://mon.uvic.cat/site-2016/files/2016/02/PONENCIA-3_SITE2016.pdf
- RAMOS-PARDO, F. J. (2015). Una teoría educativa no ideal para afrontar la educación como problema. En GONZÁLEZ, J. L. (coord.). *Educación, desarrollo y cohesión social*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 107-112.
- RAMOS-PARDO, F. J. y SÁNCHEZ-ANTOLÍN, P. (2016). La aportación del área de Teoría e Historia de la Educación al desarrollo de competencias: la normatividad situada. En MATEOS JIMÉNEZ, A. y MANZANARES MOYA, A. (Dirs.). *Mejores maestros, mejores educadores*. Málaga, Aljibe, 75-96.
- RIZVI, F. (2009). Towards cosmopolitan learning. *Discourse: Studies in the Cultural Politics of Education*, 30 (3), 253-268. Disponible: <http://dx.doi.org/10.1080/01596300903036863>